

CARTA PASTORAL

DEL

ILMO. SR. ARZOBISPO

DE MÉXICO

CON MOTIVO

DEL SANTO TIEMPO DE CUARESMA



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
Biblioteca Valverde y Teller

MÉXICO

IMP. DEL SAG. COR. DE JESÚS
Sepulcros de Santo Domingo núm. 10

1895

BX874

.A4

C3

1895a

c.2

757

BX874

.A4

C3

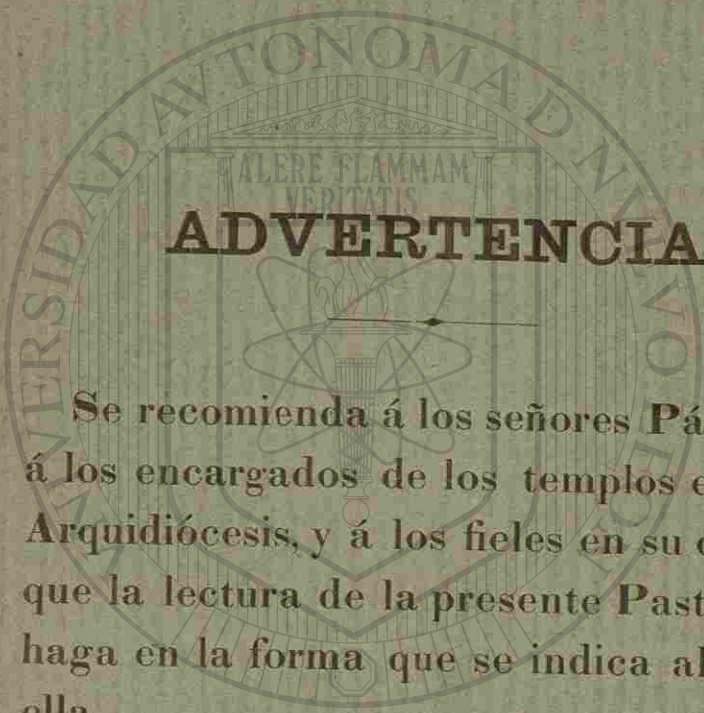
1895a

c.2

003757



1080026947



ADVERTENCIA

Se recomienda á los señores Párrocos, á los encargados de los templos en esta Arquidiócesis, y á los fieles en su caso, el que la lectura de la presente Pastoral se haga en la forma que se indica al fin de ella.



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ



Capilla Alfonso
Biblioteca Universitaria

Nos el Doctor Don Próspero María Alarcón y Sánchez de la Barquera, por la gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica, Arzobispo de México,

Al M. I. Sr. Dean y Cabildo de Nuestra Santa Iglesia Metropolitana, al Sr. Presidente y Cabildo de la Insigne Colegiata de Nuestra Señora de Guadalupe, al Clero secular y regular, y á todos los fieles de este Nuestro Arzobispado, salud y bendición en Nuestro Señor Jesucristo.

AMADÍSIMOS HERMANOS É HIJOS NUESTROS:

ACERCÁNDOSE el santo tiempo de Cuaresma, en que la Iglesia, nuestra solícita y cariñosa Madre, nos excita á recordar con más eficacia nuestro altísimo destino y los seguros medios de conseguirlo; muy conveniente es, amadísimos hermanos é hijos Nuestros, que elevemos al cielo nuestros corazones alegrándonos con la esperanza de gozar un día de aquella eterna é inenarrable felicidad, y que con escrupulosa atención dirijamos la vista hacia la senda que hasta hoy hemos recorrido para asegurarnos de que no nos hemos extraviado ó para enmendar prontamente nuestro yerro, si por desventura hubiese que deplorarlo. Porque éste es el negocio que más nos interesa, y el más elevado fin que pudiéramos proponernos. No hay empeño más digno, ni más necesario al mismo tiempo, que el de ser consecuente con la generosa idea de trabajar con intrepidez y constancia

003757

40959

en la grande empresa de arribar á nuestro eterno destino, de conseguir el cielo; digno, porque en él se resume la verdadera grandeza á que todos instintivamente aspiramos; necesario, porque si ésta no se consigue, ninguna otra cosa puede satisfacer jamás las inquietas ansias de nuestro corazón: esto han buscado siempre con grande interés, y sólo de ello se preocuparon, las más nobles figuras que brillan en las páginas de la historia; pues no hubieran sido grandes si sólo á las mezquinas pompas y mudables satisfacciones de la tierra hubieran limitado sus aspiraciones.

Es, por desgracia, una preocupación muy común en cierto linaje de personas poco cuidadosas de la tranquilidad de su espíritu, distinguir con invención peregrina dos clases de religión ó Catolicismo: uno perfecto en cuya esfera cabe todo género de mortificaciones y sacrificios, y cuyas leyes deben escrupulosamente observar todos los que, sin fijarse en las comodidades de la tierra, aspiren con seriedad á ser santos; y otro, especie de Catolicismo moderado, al cual pueden afiliarse todos aquellos que enredados en las vanidades y placeres del mundo, renuncien desde luego al rango nobilísimo de la santidad, limitándose tan sólo á salvar el alma. Y es que, nublada la inteligencia con la desordenada afición á las cosas de la tierra, olvidanse de que nadie puede arribar al puerto felicísimo del cielo si interiormente no se viste con la brillante estola de la santidad; porque nuestro divino Redentor, que con tan amorosa insistencia predicaba á toda clase de personas que la puerta del cielo es muy estrecha, y que en él únicamente logran entrar los que se hacen constante violencia, no ha prometido abrir puerta más ancha á los que, rebeldes á su santa Ley, rehúsen empequeñecerse y humillarse, ni á los amadores de sí mismos ha dispensado tampoco de la obligación con que todos nacemos de mortificarnos, haciéndonos en todo cruda guerra. No; no hay diversidad de caminos para que unos lleguen al cielo, ceñidas sus sienes con la aureola de la santidad, sosteniendo intrépidos pesada y espinosa cruz, y arriben otros á las playas eternas coronados con las marchitas rosas de fugaces placeres y empañado en su alma el brillo de la divina imagen.

Necesaria es de todo punto á cada uno de nosotros la santidad de la vida cristiana, que adquiere brillo más sólido en la tribulación y logra en el cielo espléndidas é inamisibles recompensas; y si por dicha esa santidad desapareciere por el pecado, preciso es recobrarla en el sagrado tribunal de la Penitencia y adquirir nuevas fuerzas en la divina Eucaristía, para no caer en pecado exponiéndose á eterna desventura.

I

Enseñanos el Espíritu Santo en el Evangelio de San Mateo, que después de haber sido bautizado por el santo Precursor en las aguas del Jordán nuestro divino Jesús, no bien repuestas todavía las turbas, que habían presenciado aquella admirable ceremonia, de la vivísima sorpresa que en ellas produjeran las significativas palabras del Eterno Padre, cuando rasgadas las bóvedas del cielo y descendiendo sobre el Hombre-Dios en figura de paloma el Espíritu Santo, declaró con poderoso acento que aquel era su Hijo muy amado en quien se había complacido; el amabilísimo Salvador fué conducido al desierto por el Espíritu de Dios para que fuese allí tentado por Satanás, y nos enseñase con sus tres gloriosas victorias el modo más seguro de vencer en todas ocasiones con su gracia á los implacables y eternos enemigos de nuestra salvación. Después de haber ayunado cuarenta días y cuarenta noches, en lo cual dió claras muestras de su Divinidad, quiso suspender la poderosa influencia de su infinito poder, dejando que su sacratísima Humanidad sintiese hambre, y Satanás, que fluctuando hacia tiempo entre los magníficos testimonios que de la grandeza de Jesús había dado públicamente San Juan, y la debilidad que ahora demostraba sintiendo hambre, dudaba de si realmente era Hijo de Dios, acércase á Él y le dice: «*Si eres Hijo de Dios, di que estas piedras se conviertan en pan.*»—«*Escrito está,* le contestó el divino Salvador: *no de solo pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios.*» Insistió el maligno Espíritu en sus tentaciones; y llevando á Jesús á la ciudad de Jerusalén, púsole sobre el pináculo del templo, diciéndole: «*Si eres Hijo de Dios, échate de aquí abajo; porque escrito está que mandó á sus ángeles te cuidasen, y te tomarán en sus palmas para que no tropieces en las piedras.*...» A lo cual replicó el amabilísimo Jesús: «*También está escrito: No tentarás al Señor tu Dios.*» Ni con esta repetida derrota desistió de sus criminales sugerencias Satanás, sino que de nuevo le subió á un monte muy alto, y le mostró todos los reinos del mundo y las riquezas que encerraban, diciéndole: «*Todo esto te daré, si postrado me adorares.*»—«*Véte, Satanás,* replicó entonces santamente indignado el divino Jesús, *porque escrito está: Al Señor tu Dios adorarás, y á Él sólo servirás.*» Alejóse entonces tres veces vencido el maligno Espíritu, y bajaron ángeles del cielo á felicitar por sus victorias á Jesucristo y servirle la comida.

Constantes son, amadísimos hermanos é hijos Nuestros, las tentacio-

nes con que á nosotros nos asedia también Satanás, tortuosos los caminos por donde se nos acerca, y tan disimulados los lazos y las redes que á cada instante nos tiende para perdernos, que bien podemos preguntarnos sorprendidos como el santo Job: «¿Quién descubrirá la haz de su vestido, y nos descorrerá el velo de su rostro?» Formidable unas veces como león, empéñase ya desde lejos en asustarnos con espantosos rugidos; y retando otras cual astuta serpiente, intenta sorprendernos avanzando cautelosa contra nosotros por sendas desusadas; tan pronto se vale de la violencia, como del artificio, é inspirador y maestro de los grandes hipócritas, dice San Cipriano, despliega sus engañosos encantos y pérfidos atractivos en la paz, y extrema en la persecución toda la rabia de sus venenosos rencores, *in pace subdolis, in persecutione violentus*. La primera vez que se presenta para tentar al divino Jesús, aparece como un hombre caritativo, que indaga solícito ajenas necesidades ansioso de remediarlas con modesta franqueza, como recibiendo en ello singular favor. En la segunda, mostrándose como tantos otros, admirador entusiasta de la grandeza y de las virtudes de Jesús, pretende ser tenido por el Ángel del buen consejo, excitándole á que ofrezca de sus altas prendas alguna pequeña exhibición, que será tanto más de aplaudir, cuanto aparezca más curiosa. Pero en la tercera pone ya de relieve la perfidia de sus abominables sugerencias, al servirse, para que le adoren, de las riquezas y fantástica esplendidez del mundo. Esto hace también con los mundanos, ofreciéndoles en cambio satisfacciones, riquezas y placeres; pero bien sabido es que ni los da, puesto que no son suyos; ni nos los propone jamás como medio de salvación; ni nos presta, para conseguirlos y conservarlos, suficientes garantías: al divino Salvador presentaba piedras para que las convirtiese en pan; á los mundanos sugiere vanos deseos y locas aspiraciones, para que ellos se empeñen en realizarlos, alejando de Dios su corazón, y para siempre comprometiéndolo su alma. Propone criminales y embelesadores placeres al libertino, senda oportunísima ciertamente para llegar al abismo de su perdición eterna; pero á pesar de que con ello queda Satanás muy bien servido, no por esto proporciona al libertino los deseados placeres, sino que lo abandona para que él mismo los busque, aun cuando sea á costa de su libertad y de su honra. Extraordinarias ganancias ofrece también al negociante y al artista; pero de estos es asimismo el trabajo de buscarlas y la responsabilidad en adquirirlas. Tal es, por desgracia, la confianza en que vive de que el mundo, hartamente aventajado en el mal, apenas necesita tentadores, que ya no se toma siquiera la molestia de enmascararse disfrazando sus designios:

cuando se acercó á tentar á Eva, parecióle preciso emplear algún disimulo atribuyendo á la fruta prohibida el singular privilegio de infundir en los que la comiesen, la ciencia de los dioses; pero con los desventurados hijos de aquella primera mujer ya no se toma siquiera este trabajo. Ella pudo de alguna manera disculparse alegando que la serpiente la había engañado; nosotros solamente podemos decir que Satanás nos mostró los engañosos bienes del mundo, y que deslumbrados con su falso brillo corrimos afanosos tras ellos, aceptando deliberadamente las consecuencias. Y no se alegue, para disminuir nuestra triste responsabilidad, que todo el mundo está expuesto á las asechanzas de Satanás, y muchos de sus secuaces inspirados por él; pues muchos son los que culpablemente se dejan sorprender tentándose ellos mismos; porque hace ya muchos siglos se quejaba por el Sabio el Espíritu Santo, de que «*las criaturas de Dios se han tornado en lazo á los pies de los necios.*» Hay en el mundo no pocos desgraciados tan afanosos por correr tras locas aventuras, que, en frase de Orígenes, aunque no tuviesen tentador, ellos mismos se lanzarían en pos de sus desordenados apetitos: así que, no hay necesidad de que Satanás emplee violencias, ni despliegue con su singular destreza el pomposo aparato de sus encantadores atractivos para hacer caer en el pecado á los que ya de suyo son aficionados á él; bástale simplemente *mostrarles* aquellos engañosos bienes. Con esto sólo pronto vendrán como á porfía á aprisionarse en sus redes los que ansiosos de vivir siempre alegres en medio de los placeres del sentido, buscan como última novedad espectáculos, muchas veces peligrosos, que produzcan halagadoras impresiones; ni serán los últimos que vengan á tributarle homenaje, rendidos esclavos en un tiempo en que tanto se detesta la esclavitud, hombres que tienen la inmodestia de preciarse de sabios, y á quienes parece devorar, como idea fija que absorbe toda la actividad de su alma, el incesante afán de aparecer como singulares pensadores sin esclavizarse, como ellos dicen, á la rutinaria costumbre de seguir inspiraciones ajenas, aunque sean las de la Iglesia, maestra infalible de la verdad, dirigida y enseñada constantemente por el Espíritu Santo. Seguirán á estos los sensuales y amadores de su cuerpo, «cuyo dios, según la gráfica pintura de San Pablo, es el vientre,» ó sean los placeres materiales; los avaros, que limitando sus aspiraciones á los bienes de este mundo, cifran en ellos su felicidad, y á trueque de conseguirlos emplean como lícitos todos los medios, con tal que sean eficaces; todos, en fin, todos los que, prefiriendo á los goces purísimos del espíritu las mezquinas satisfacciones que halagan los sentidos, viven habitualmente olvidados de la salva-

ción de su alma y de dar incesantemente á Dios toda la gloria que El se merece.

Estas tentaciones de Satanás son tanto más odiosas, cuanto que no tienen otra base que la mentira: el perverso Tentador ofrecía al divino Jesús y sigue ofreciendo hoy á todos los hombres, como si fuesen suyos, los bienes de este mundo, siendo así que ni son propiedad suya, ni aunque lo fuesen, valen lo que él afecta creer. Solidísima verdad es aquella que nos enseña el Sabio, al decir que el mundo no es más que una figura que pasa, sombra que muy pronto desaparece, y humo que al instante se disipa; y el Profeta, después de analizarlo en todas sus partes, dice que el mundo está vacío, *lleno tan sólo de nada*. El jugador, á quien Satanás no hizo más que *mostrar* los bienes y satisfacciones de este mundo, como niño que corre desalado tras ligera mariposa que huye, revolotea y se esconde, buscará con perseverante afán esos mentidos bienes; y para lograrlos, sacrificará su tiempo, su tranquilidad, sus haberes, tal vez el pan de su esposa y de sus hijos, su propio honor y el venturoso y eterno porvenir de su alma; y después de tantos sacrificios, desvanecidos los crueles ensueños de bienes tan suspirados que, ni aun conseguidos, pueden llenar el alma, encuéntrase *sin nada* que sea sólido y deseable bien. Para buscar mezquinas y vergonzosas satisfacciones, que pasan rápidas como el relámpago, expondrá el sensual su honra, su alma, su misma vida; logrando al último, por único bien, remordimientos y vergüenza, si es que, á semejanza del Pródigo de la Parábola, ha tenido tiempo y fortuna para conocerse. Llama tal vez la atención de los mundanos, por la magnitud de sus errores y por su temeraria osadía en recorrer, para descubrir la verdad, rumbos opuestos que sólo pueden conducir al error, el impío, para quien la Ley suavísima de Dios ha sido sólo durísimo é insoportable freno para su soñada dignidad y altiva independencia; y mañana, desechado por los mismos espíritus fuertes que antes le aplaudían, y perseguido por el menosprecio y execración de la sociedad á la cual había escandalizado, se encontrará *sin nada* de lo que antes le halagaba y ensoberbecía, reducido á buscar el único consuelo que calma las atormentadoras ansias del espíritu, en la presencia y paternal solitud de uno de aquellos sacerdotes á quienes en otro tiempo calumniara y escarneciera; fuera de los remordimientos que hoy despedazan su corazón y de la vergüenza que le hace amable su soledad, nada encuentra de lo mucho que antes le ofreciera el maligno Tentador.

Pero si las tentaciones constituyen para el cristiano una situación más ó menos difícil, que con la divina gracia puede siempre atravesar

sin que el alma sufra naufragio cayendo en pecado, las aflicciones y todo género de adversidades son también saludables pruebas que la amorosa providencia de Dios Nuestro Señor permite, para que en ellas mostremos la generosidad con que le servimos, y en el sufrimiento se acrisole más cada día nuestra lealtad. Existiendo desde luego en la prosperidad un verdadero peligro, puesto que en la vida del espíritu, si no se le opone el antídoto de la humildad y de la mortificación, las satisfacciones del mundo vienen á ser un género de veneno que poco á poco va emponzoñando el alma, aficionándola cada vez más á las cosas de la tierra; las tribulaciones reportan al verdadero católico la inestimable ventaja de fortalecerle en el camino de la virtud, y no sin profunda sabiduría enseñaba á los fieles de Corinto el apóstol San Pablo que «la virtud se fortifica en las contrariedades.» Desconocida hubiera quedado, sin duda, para nosotros la virtud de muchas almas fieles que hoy gozan inefables y eternas delicias, si las tribulaciones, con que para su mayor bien las visitaba el Señor, no hubieran puesto de relieve su fidelidad á la gracia, excitándolas á la práctica de heroicas virtudes, que han hecho célebre su nombre, y amable y bendecida su memoria. Abraham no sería hoy tal vez uno de los más dignos ejemplares de obediencia y de viva fe, si en circunstancias singularísimas en que sintió traspasado de dolor su corazón de padre, no se hubiese sobrepuesto con admirable fortaleza á su natural ternura para cumplir animoso con la orden de Dios.

Y cuánto sea el provecho espiritual con que el alma se enriquece en el sufrimiento, dícelo bien claro el Espíritu Santo en aquellas palabras que al anciano Tobías dirigía el arcángel San Rafael: «*Porque eras acepto á Dios, fué necesario que la tentación te probase.*» Grande fué el mérito de los mártires, que padeciendo todo género de tormentos morían alegres alabando y engrandeciendo á su Dios; pero ésta, aunque apreciable victoria, no era más que una, como dice San Cipriano: «una vez vence el que una vez padece;» mientras que los que viven en frecuentes ó continuas tribulaciones, atormentado el cuerpo con enfermedades y angustiado el espíritu con todo género de amarguras y circunstancias difíciles, sin ceder jamás á la tentación, sin desahogos inútiles, que no sólo arguyen un gran fondo de cobardía propia de almas vulgares, sino que constituyen una verdadera infidelidad á la amorosísima providencia de Dios Nuestro Señor; los que sin caer en estos extremos salen victoriosos para vencer de nuevo, y sobreponiéndose á todo género de temores, y fieles á la divina gracia, continúan sufriendo animosos, sin preocuparse del mayor ó menor número de

aflicciones que todavía les esperan, esos cuentan sus coronas por el multiplicado número de sus combates, y pasando de victoria en victoria logran días verdaderamente llenos, digna preparación para aquella vida de incalculables glorias, que nunca perecen.

No importa que los seguidores del mundo, á quienes horroriza la sola idea de padecer, aborrezcan los sufrimientos y se burlen á veces de las almas generosas que los soportan con paciencia y alegría. Eso, por desgracia, no es nuevo, y de ello nos dan triste testimonio las recriminaciones que al santo Job dirigían sus amigos, y las ofensivas palabras con que amargaba el afligido corazón del piadoso Tobías su misma esposa: «¿Dónde está la esperanza, por la cual hacías limosnas y sepultabas los muertos?» Para quien recuerda el mérito que hay en padecer, bástale dirigir el corazón al cielo, de donde viene el más poderoso auxilio, y recordar, como dice el Salmista, que Dios es nuestra fortaleza y nuestro único refugio. Busquen consuelos en las criaturas los infelices amadores de sí mismos, que teniendo por escándalo la cruz y por necesidad el sufrir, véñse al fin precisados á devorar prolongadas angustias, que no bastan á dulcificar los placeres todos de la tierra; que el justo al invocar al Señor en su tribulación, siente satisfacciones incomparables, y Dios le bendice porque pone en Él sólo su esperanza.

El siguiente punto se leerá el domingo segundo de Cuaresma.

II

Seis días después de haber enseñado á sus discípulos el divino Salvador la necesidad de llevar la cruz padeciendo todo género de trabajos, llevó consigo á San Pedro y á los hermanos Santiago el mayor y San Juan, y habiendo subido con ellos á un monte alto y apartado, que conocemos con el nombre de *Tabor*, apenas comenzó á orar se transfiguró delante de ellos, apareciendo su hermosísimo semblante resplandeciente como el Sol, y sus vestiduras blancas como la nieve. Al mismo tiempo juntáronse con Él por milagro Moisés y Elías, y con Él hablaban de la pasión y muerte que había de sufrir en Jerusalén; al ver á su divino Maestro tan engrandecido y rodeado de tanta gloria, no pudo contener su amoroso entusiasmo el apóstol San Pedro, y le dijo: «Señor, bueno es que nos estemos aquí; si quieres, hagamos aquí tres tiendas, una para Ti, otra para Moisés y otra para Elías.» No había aca-

bado todavía de decir estas palabras, cuando una nube luminosa los cubrió con su sombra, saliendo del seno de aquella claridad una voz celestial que decía: «Este es mi Hijo muy amado, en quien he puesto toda mi complacencia: oidle.» Al eco de esta voz poderosa los discípulos cayeron en tierra poseidos de misterioso terror; y acercándose á ellos el divino Jesús, y tocándolos, les dijo: «Levantaos, no temais,» y alzándose, á nadie vieron más que á Jesús, el cual al bajar del monte les dijo: «A nadie digais lo que acabais de ver, hasta que el Hijo del hombre resucite de entre los muertos.»

En esta maravillosa relación que nos hace el Evangelista San Mateo, parécenos ver, amadísimos hermanos é hijos Nuestros, un pequeño bosquejo de la incomparable magnificencia de aquella gloria, que el Señor reserva como eterno premio en el cielo á los que en este mundo cumplen en todo con su santa Ley, y por Él se gozan en sufrir esforzados las tribulaciones y contrariedades á que antes nos referimos. Grande es esta recompensa por todo lo que durante nuestra vida podamos sufrir; pues, como dice el Apóstol, «lo que aquí es para nosotros de una tribulación momentánea y ligera, engendra en nuestros corazones de una manera muy maravillosa un peso eterno de gloria;» premio tan espléndido, que á él parecen referirse las significativas palabras del sagrado libro del Eclesiastés: «¿Quién ha medido jamás la altura del cielo, la anchura de la tierra y lo profundo del abismo?» sobre cuyos conceptos dice con piadosa oportunidad el cardenal Hugo, que por la altura del cielo se entiende la excelencia de la eterna recompensa, por la anchura de la tierra los bienes temporales con que á veces premia el Señor nuestras buenas obras, y por la profundidad de los abismos lo terrible de los castigos eternos. Mucho ha logrado extenderse y profundizar la ciencia del hombre, hasta el punto de medir los cielos, sondar los mares, determinar la magnitud y revoluciones de los astros, sujetar en cierto modo la poderosa acción de los elementos, y recorrer en parte y describir el universo; pero con haber hecho tanto, no ha podido concebir jamás algo que se parezca á la eterna gloria que se goza en el paraíso. Mucha importancia daba el apóstol San Pablo, y cierto que la tienen, á aquellos dones sobrenaturales con que suele á veces regalar el Señor á ciertas almas muy favorecidas; pero muy sobre todos ellos está la gloria, que «en parte conocemos y en parte profetizamos,» y cuando para nosotros «llegue el tiempo de esta vida bienaventurada, ya no serán necesarios los demás dones.» ¡Grande é incomparable felicidad, que, como dice San Agustín, «puede muy bien ser conquistada, pero no comprendida!»

Consiste esencialmente la gloria en la clara visión de Dios; Él es feliz viéndose y gozando de sus infinitas perfecciones, y con verle seremos también nosotros bienaventurados; pero cuál haya de ser esta bienaventuranza, los mismos ángeles no lo podrían decir. «Para daros una idea del cielo, decía San Agustín, yo soy como un niño, que criado en una miserable choza se empeñase en describir la grandeza y el esplendor de la corte de un gran monarca; como un ciego que se esforzase en pintar los rayos del Sol y la embelesadora hermosura de los cielos.» Cuando Dios quiere darnos alguna pequeña idea de su gloria, nos promete, según el profeta Isaías, un cielo nuevo y una tierra nueva; nueva luz, nuevas perspectivas, nuevos personajes, nueva belleza, nuevas é inconcebibles armonías, todo nuevo respecto de este mundo viejo, que parece disolverse ya, más que por la acción de los años, por los pecados de los hombres. Y se comprende: este mundo no es digno de las magníficas recompensas de un Dios, porque aquí no se ven sino ciertos destellos mal reflejados de la divina grandeza. San Pablo, que con peregrina elocuencia y la penetración de su ciencia infusa nos habla de las gerarquías celestes, de la eterna predestinación y de las perfecciones divinas, y arrebatado hasta el tercer cielo oyó allí misteriosas palabras y conceptos altísimos que no pueden ser traducidos con palabras humanas, dice simplemente que «*el ojo no vió, ni oyó el oído, ni cupo jamás en el corazón del hombre lo que Dios tiene preparado en el cielo para los que le aman.*» Grande se manifiesta siempre el Apóstol en la maravillosa eficacia de su oratoria y en la viveza y propiedad de sus descripciones; pero tratándose de pintar la eterna felicidad de los cielos, extingúese en su diestro pincel la viveza de los colores; porque, como dice San Agustín, «excede á la significación de todas las palabras y á la penetración de toda humana inteligencia aquella honra elevadísima, aquella hermosura incomparable, aquella encantadora é inconcebible gloria.» Al meditar en ella el profeta Isaías, miraba con menosprecio las bellezas todas de la tierra, diciendo que «*sólo en el cielo se manifiesta tal como es la magnificencia de Dios Nuestro Señor.*»

En el cielo llenará el Señor por completo nuestros corazones con la visión intuitiva de que allí gozaremos, pues contemplaremos con eterna delicia cara á cara aquella divina Hermosura siempre antigua y siempre nueva, que á cada instante produce en los bienaventurados nuevo embeleso, pues con nuevos y suavísimos encantos aparece siempre diferente de sí misma; y en ella leeremos todos los secretos escondidos en el seno de la eternidad, los misterios de aquella Omnipotencia que hubiera podido crear nuevos millones de mundos, la grandeza

de la Misericordia con que nos ha redimido, y la Bondad amabilísima con que desplegó en favor nuestro la cariñosa solicitud del más tierno de los pastores, derramando sobre nuestras almas incalculables tesoros de gracias. Sólo los bienaventurados que la gozan pueden concebir tanta grandeza; y, como dice el Apóstol del amor en el sagrado libro del Apocalipsis, «*nadie la conoce, sino el que la recibe.*» Así se explica que el Profeta Rey pensase con frecuencia en el cielo para dulcificar de este modo sus amargos pesares, y que no obstante la pompa y esplendidez que le rodeaban, todo le pareciese nada respecto de los eternos goces de la celestial Sión, y exclamase con abrasadoras ansias: «*¿Cuándo llegaré, y seré presentado ante la presencia amabilísima de mi Dios?*» Ni los más deliciosos jardines matizados de millares de aromáticas y vistosas flores; ni maravillas artísticas las más delicadas y primorosas; ni los más suntuosos palacios; ni riquezas, honores ni placeres; ni unánimes y ruidosos aplausos; ni embelesadoras y suavísimas delicias, nada de cuanto más bello y encantador pueda concebirse basta siquiera á ofrecernos la más lijera idea de las dulcísimas impresiones que se gozan en el cielo; porque todo aquello es imperfecto, caduco y corruptible, mientras que la gloria es sobre toda ponderación magnífica, eterna é inmutable. Cierto que en las sagradas Escrituras se la compara con las riquezas y delicias que aquí en la tierra conocemos, y en el Evangelio de San Lucas dícese que aquellos goces dulcísimos se parecerán á un suntuoso y eterno convite, en que á los bienaventurados servirá por sí mismo el Señor, pasando de una á otra mesa con amabilidad incomparable; pero esto es sólo para que nuestra limitada inteligencia pueda tener alguna idea más de las purísimas alegrías que allí se disfrutan.

Por lo demás, ¿qué valen, para ser comparados con ella, el fausto, las riquezas y la gloria de Salomón, los extensos dominios y las rápidas conquistas de Alejandro, el poder y las victorias de los Césares, las ovaciones ruidosas y magníficas con que Roma acogía á sus capitanes triunfadores; todas, en fin, todas las grandezas humanas y aun la maravillosa armonía y espléndida belleza de los astros? Si tanto embelezaba á San Pedro la hermosura del divino Jesús en su fugaz Transfiguración; si la sola conversación amabilísima de Dios Nuestro Señor encendía en Moisés ansias tan vehementes de contemplar su divino semblante, ¿qué será verle cara á cara, y contemplarle ya sin riesgos ni zozobras por toda la eternidad? Rápidos pasan como fugitivas exhalaciones los goces todos de la tierra, pues sólo duran unos instantes, y no son más que un ligero tránsito de la privación al goce;

goce que muy pronto cesa de ser, dejando únicamente de sí, después de muy deseado, inútiles recuerdos; y es que todas las satisfacciones de los hombres, dice el Espíritu Santo por el profeta Isaías, son «*como si no fuesen, como nada.*» Pero el goce del bienaventurado es el goce del mismo Dios, y «*cuando el hombre posee lo que posee Dios, dice Venancio, grande debe de ser su felicidad; que bien puede bastar al hombre lo que al mismo Dios basta.*» Porque el bienaventurado estará íntimamente unido á Dios, sin medio alguno que le prive de alguna partecilla de aquella inmensa satisfacción que gozará, gustándole, viéndole, sumergiéndose en aquella infinita y amabilísima esencia: «*le veremos, dice el Apóstol, tal como en Sí es.*» Nuestra vista sobre la tierra sólo se fija en lo exterior, y no podemos penetrar las ideas, los sentimientos, el corazón de aquellos con quienes tratamos; pero «*cuando logremos la visión beatífica de Dios, dice San Agustín, nada más podremos desear; porque ¿qué podrá buscar aquel que ya posee á Dios? y á aquel á quien Dios no bastase, ¿qué le podrá bastar?*»

De dos maneras, dice San Dionisio Areopagita, podemos formarnos alguna idea de Dios: ó *por afirmación*, atribuyéndole algunas perfecciones; ó *por negación*, reconociendo que no hay en Él imperfección alguna; y con ser que la primera pretende decir algo, es más digna de Dios la segunda, pues con más facilidad vemos lo que Dios no es, que lo que es. Y los teólogos explican este concepto de un modo mucho más sensible, diciendo que *por afirmación* se conoce á Dios á la manera que un pintor disponiéndose á representar en un cuadro algunas figuras, va extendiendo los colores sobre el lienzo, y sobrepone á los ordinarios los más finos hasta darle la última mano: opuesto sistema sigue el escultor, en quien está simbolizado el conocimiento *por negación*, pues nada añade al mármol ó á la madera en que quiere figurar algún personaje ó episodio, sino que va desbastando la materia hasta que del todo quedan figuradas las partes y aun los menores perfiles de la imagen. Así que, por más que atribuyamos á Dios todas las perfecciones imaginables, poder, santidad, sabiduría, hermosura y tantas otras, todas en grado perfectísimo, nunca nos formaremos de Él y de la eterna felicidad que en Él gozan los bienaventurados, idea que tanto nos complace, como cuando reconocemos que no hay en Él ninguna imperfección, ni aun siquiera las perfecciones incompletas, únicas que nosotros conocemos. Mucho contribuye á la satisfacción dulcísima de los bienaventurados la *inmortalidad* de que gozan, pues en ellos no puede ya cebarse la guadaña implacable de la muerte: «*enjugará el Señor sus lágrimas, dice el Evangelista San Juan, y ya no habrá más ni muerte, ni*

llanto, ni clamor, ni dolor, porque ya todos los trabajos pasaron.» Aparecerán también enriquecidos sus cuerpos con los cuatro dotes gloriosos, tan propios de aquella dichosa región: *impasibilidad*, pues ya no sentirán calores, ni fríos, ni enfermedades, ni género alguno de malestar; *claridad*, porque como decía San Pablo á los Filipenses, «*reformatá el Señor nuestro abatido cuerpo, para hacerlo conforme á su cuerpo gloriosísimo.*» *Agilidad*, atravesando los espacios y hendiendo rápidos los aires con la velocidad del pensamiento; y *sutileza*, penetrando con maravillosa facilidad las más espesas capas de la tierra y á través de durísimos muros de bronce. Contemplaráse allí satisfecho el *entendimiento*; pues por muchos que sean los velos que hoy nos ocultan los secretos de la naturaleza, de las ciencias y de la historia, todas las oscuridades, que ahora torturan el alma del sabio, y dan lugar á tan graves dudas y tan encontradas opiniones, cesarán como por ensalmo para que en lugar suyo surja clarísima y esplendorosa la verdad.» ¿Qué se podrá ignorar allí, dice San Gregorio, cuando se sabe, al que lo sabe todo, al que lo ha hecho todo, á Aquel en quien todo existe?» La profundidad de sus divinos secretos, las operaciones maravillosos de la gracia, todo lo verán en Dios; porque la esencia divina es como un espejo clarísimo en que los elegidos ven todo lo que les interesa. ¡Ah! ¿Qué vale la mezquina ciencia del mundo, comparada con la sabiduría ilimitada del cielo? La *voluntad* estará como sumergida en dulcíssimas delicias amando á Dios, no con la imperfecta caridad con que aquí le aman los santos más aventajados, sino con el amor ardentísimo de aquellos encendidos corazones constantemente inflamados en el deseo de la mayor gloria de Dios. Ya no habrá combates interiores que se opongan á este amor dulcísimo de nuestro Creador, ni cuidados que nos distraigan, ni temores que nos inquieten ó debiliten nuestra fe: ya no nos agitarán las fatigosas ansiedades de hacernos cada día más dignos del amor de nuestro Dios, pues gozaremos ya por completo de su eterna y pacífica posesión, pudiendo decir entonces con la sagrada Esposa de los Cantares: «*Le tengo estrechamente abrazado; ya no le dejaré más.*» Y si tan admirables son los pasajeros éxtasis del divino amor, que en este mundo forman las más tiernas delicias de los santos, ¿cómo pudieran describirse aquellos desahogos purísimos de un amor tranquilo y eterno, que ya no sufre crecientes ni menguantes? Muy bien dice San Agustín, que «*por más que en sus deseos sea inmenso el corazón del hombre, nunca habrá podido imaginar una felicidad tan grande como la que el Señor nos reserva en el cielo, si le amamos aquí con toda el alma.*»

«Pues si tan magnífica es esa gloria, ¿por qué no hemos de aspirar

á ella con todo el ardor de nuestra alma? ¿por qué aficionar el corazón á las míseras vanidades de la tierra, que en comparación de aquellas eternas moradas, son menos todavía que una sola gota de agua, y no limpia, respecto de infinitos océanos de apetecible y cristalina linfa? «Notable contradicción es, dice San Cipriano, pedir todos los días «venga á nos el tu reino,» y temblar ante el recuerdo del día felicísimo de la muerte, en que ese reino debe comenzar!» Puesto que á los justos está reservado todo ese inmenso cúmulo de placeres purísimos, ¿por qué no nos preparamos con escrupulosa diligencia, para gozarlos sin demora, cuando rotas las frágiles ligaduras de nuestro cuerpo, abandonemos esta vida de continuas penalidades?

El siguiente punto se leerá el domingo tercero de Cuaresma.

III

Condujeron al Señor en cierta ocasión, dice el Evangelista San Marcos, un infeliz endemoniado, que era al mismo tiempo sordo y mudo, suplicándole que pusiese las manos sobre él y lo sanase. Así lo hizo el divino Jesús; y habiendo lanzado del poseso al demonio, habló el mudo, y se admiró todo el pueblo. Hé aquí, amadísimos hermanos é hijos Nuestros, una lección más que nos da el divino Redentor en este santo Evangelio, haciéndonos ver en el sordo-mudo poseido del demonio una triste imagen del pecador, que teniendo en el sacramento de la Penitencia seguro remedio para sanar de sus culpas, prefiere enmudecer y dejar de confesarlas, á trueque de continuar en el olvido de Dios comprometiendo su eterna salvación. Nuestro amabilísimo Jesús, que de sí mismo decía con tanta razón: «*Yo soy el camino, la verdad y la vida,*» y con tanto ardor se dedicaba en este mundo á curar, no sólo las llagas del alma, sino aun las dolencias del cuerpo, antes de subir á los cielos triunfador del pecado, del infierno y de la muerte, bendijo con especial amor á sus apóstoles, diciéndoles: «*Así como me envió á la tierra mi Padre celestial para salvar á las almas, del mismo modo os envió Yo también. Recibid el Espíritu Santo: todos aquellos á quienes en la tierra perdonáreis sus pecados, perdonados serán en el cielo; y á aquellos á quienes vosotros no se los perdonáreis, tampoco se les perdonarán en el cielo.*» ¡Admirable es este poder que todo un Dios se digna comunicar al hombre, elevándole en el orden de la gracia sobre todos los potentados y reyes del mundo! A los sacerdotes, privilegiados ins-

trumentos de su infinita misericordia, parece decir en nuestros tiempos Dios Nuestro Señor aquellas eficaces palabras que dirigió hace siglos al profeta Ezequiel: «*Id, soplad sobre esos muertos, y resucitarán, y verán los ciegos del alma, y tornaránse ágiles para la práctica del bien los paralíticos del espíritu, y serán curados los leprosos, y los sensuales se harán castos.*» San Juan Crisóstomo, en el libro III del Sacerdocio, después de consignar aquellas admirables palabras de Jesucristo, dice: «Buscad en alguna otra parte poder tan estupendo como éste!» No solamente los sacerdotes del Señor tienen la virtud de regenerarnos en las aguas del bautismo, sino también el poder de perdonarnos los pecados con que después del bautismo ha quedado manchada el alma. Todo el poder de los sacerdotes de la antigua Ley limitábase á hacer constar la curación de la lepra; pero los de la Ley nueva han recibido el poder, no de juzgar si la lepra del cuerpo es verdadera, sino de lavar las manchas del alma, que son los pecados ¡oh maravilla! ¡Que débiles mortales hayan recibido un poder, que Dios no ha conferido á los mismos ángeles! Por qué no á los ángeles, sino á los apóstoles, les ha sido dicho: «A aquellos á quienes perdonáreis los pecados, les serán perdonados.» Enorgullézcanse de su poder los príncipes de la tierra; su imperio limitase al cuerpo, pero el poder de los sacerdotes se extiende al alma.»

Amorosísima providencia del Señor ha sido el haber deputado para instrumentos de las maravillas de su amor para con nosotros, á un hombre de la misma naturaleza nuestra, sujeto por la fragilidad de nuestra propia condición á las mismas faltas que en nosotros deploramos; pero hombre que por la sagrada unción que ha recibido está elevado sobre el resto de los humanos para consagrarse del todo á Dios Nuestro Señor, fomentando de un modo especial en su alma el amor divino y un celo verdaderamente paternal por la salvación de las almas. Este hombre, á quien Dios ha elegido para ministro suyo, sigue los pasos de su divino Maestro imitándole cuanto es posible en la santidad de su vida y en la tierna compasión que Él mostró siempre en favor de los pecadores, tratando con ellos para ganar sus almas, y perdonando generoso á la adúltera, á la Samaritana, á la Magdalena, á tantos Pródigos, al buen Ladrón y á sus propios verdugos. ¿Dónde encontrar ministro más á propósito que sepa explicarse la razón, *sin razón* más bien, de nuestras miserias, y compadecerse de nuestras caídas? ¿Qué palabras, después de las palabras salvadoras de Dios Nuestro Señor, puede haber tan eficaces como las suyas, cuando al juzgar nuestra causa juzga tal vez la suya propia, y los consejos con que nos

alienta para retraernos del pecado y animarnos á la virtud, son acaso los mismos que á sí propio se dirige, bien convencido de que siendo de la misma masa que su penitente, puede contraer un día, si se descuida, la misma enfermedad? «¡Oh! sí, decía bien persuadido de esto Silvio Pellico: cada vez que oía los tiernos reproches, los nobles consejos de mi confesor, ardía yo en amor de la virtud, desaparecía de mi alma el resentimiento, hubiera dado mi vida por el menor de mis semejantes, y bendecía á Dios por haberme hecho hombre.» Pero este poder envuelve respecto de todos los hombres el precepto de confesarse; porque el que ha ofendido á Dios tiene que acudir al sacerdote para purificar su conciencia, y éste no puede perdonarle sin conocer primero los pecados que ha cometido, así como ningún juez puede fallar tampoco una causa sin haberla antes cuidadosamente estudiado. Necesaria es por precepto divino la confesión á todos los bautizados que han tenido la desgracia de caer en pecado mortal; y sólo en el caso de que no les sea posible encontrar confesor, pueden ser perdonados, con tal que, teniendo dolor de perfecta contrición, deseen verdaderamente confesarse y se propongan hacerlo cuanto antes les sea posible. Preciso es que el alma se purifique de sus faltas; pues si ha de acercarse á Dios, que es eterna Fuente de vida, sólo puede lograrlo despojándose de sus pecados, y lavándose por la confesión de todas aquellas manchas que hayan podido empañar su pureza.

Insistiendo en la necesidad de la confesión para merecer con ella el perdón de los pecados, decía *San Jerónimo* que «no solamente se debe confesar el pecado, sino sus diferentes especies, informando de todo al sacerdote, sin omitir ninguna de las piezas necesarias para la formación del proceso que á sí mismo se instruye.» *San Ambrosio* recuerda su eficacia, indicando que «por muy pesados que sean los lazos con que el demonio nos tiene encadenados cuando ofendemos á Dios, la confesión los hace añicos, y de esclavos que éramos nos hace libres, restituyéndonos todos nuestros derechos.» *San Agustín* repite una y otra vez que «la confesión es para nosotros un deber capital, y que dispensarse de él equivale á perder el alma y sacrificar la eternidad feliz.» El Papa *San Gregorio* enseña que en la confesión es preciso dar al sacerdote cuenta fidelísima del alma, examinar los pecados, y después de conocidos, confesarlos, y que esta confesión es tan necesaria, que á ella está vinculada la más preciosa de las gracias, la de la justificación.» Ya del tiempo de los Apóstoles nos dice *San Lucas*, hablando de los fieles de Efeso: «Muchos de los que habían creído venían confesando y denunciando sus hechos.» Y *San Clemente*, discípulo de San Pe-

dro, escribía en su II Carta á los Corintios: «Los que tengan cuidado de su alma no rehusen confesar sus pecados al Superior eclesiástico, para obtener su perdón.» Y no menos explícito se manifiesta *Orígenes* en su II Homilía sobre el Salmo XXXVII: «Si nos arrepentimos de nuestros pecados, confesándolos, no solamente á Dios, sino á los que pueden darnos remedio, todos esos pecados serán perdonados.» Y *San Atanasio*, que vivía en el siglo IV, decía también: «Así como el hombre bautizado es iluminado por el Espíritu Santo, así el que confiesa sus pecados obtiene perdón del sacerdote.» Bien claro aparece, amadísimos hermanos é hijos Nuestros, que la confesión sacramental instituida de la manera que antes recordábamos por Cristo Nuestro Señor, ha estado siempre en uso en la Iglesia católica, por más que los incrédulos y los impíos, para cohonestar su rebeldía contra este precepto divino, se atrevan á decir tal vez de palabra ó por escrito que la confesión auricular es de institución humana, y que no siempre ha existido en la Iglesia de Jesucristo. Pero si todavía pareciesen pocos los testimonios aducidos desde los tiempos apostólicos, podremos recordaros lo que en el siglo II decía *Tertuliano* en su libro de la Penitencia: «Yo presumo que muchos, que atienden más á lisonjear su vanidad que á promover el negocio de su eterna salvación, tratan de evitar ó diferir de día en día la confesión de sus pecados, la cual miran como una difamación de sí propios; semejantes á aquellos que cubiertos de vergonzosas llagas no se atreven á descubrirlas al médico, y perecen víctimas de su vergüenza. Y ¡qué! Porque nos parezca convenir á nuestro gusto el ocultar nuestros pecados á los hombres, ¿creeríamos sustraerlos á las penetrantes miradas de Dios? ¿Nos atreveríamos á comparar á Dios con el hombre? ¿Para quién sería preferible perderse sin remedio por ocultar sus pecados, antes que obtener el perdón de ellos confesándolos?» *San Basilio*, citado por los mismos autores de las Centurias de Magdeburgo, dice: «La revelación de los pecados es necesaria por la misma razón que nos obliga á descubrir las enfermedades de nuestro cuerpo. Así como estas las descubren los hombres, no á todos indistintamente, sino á los que están prácticos en el arte de curarlas, así la revelación de los pecados se debe hacer á aquellos que pueden perdonarlos.» En fin, la Iglesia católica en todos los siglos y en todos los países, lo mismo en Oriente que en Occidente, ha estado siempre en posesión de esta verdad; y entre otros muchos, el Concilio de Trento fulmina la terrible pena de excomunión contra los que temerariamente se atreviesen á sostener que la Iglesia católica no ha recibido de Jesucristo el poder de perdonar los pecados.

Considerad, amadísimos hijos Nuestros, cuán firmemente habrá sido creída entre los católicos de todas las edades esta verdad, cuando el mismo Lutero, en su libro de la «Cautividad de Babilonia,» se expresa así: «La confesión secreta, que está vigente hoy, me agrada de una manera extraordinaria: es útil, y aun necesaria, y lejos de querer que sea suprimida, gózome de que exista en la Iglesia de Jesucristo, porque es el *único remedio* para las conciencias afligidas.» ¡Pluguiese á Dios que participasen de la profunda convicción de este desgraciado apóstata los protestantes de todas las sectas, que más ó menos reconocen su autoridad y le tienen por oráculo; y que tomando nota de las muchas y notables contradicciones en que incurren tanto él como sus compañeros de reforma y sus secuaces, abriesen de una vez los ojos del alma y se convirtiesen al Catolicismo, única religión salvadora! Los mismos luteranos de Nuremberg enviaron á Carlos V una embajada, rogándole que por medio de un edicto restableciese entre ellos el uso de la confesión; y con empeño la conservan también los luteranos de Suecia, porque es uno de los artículos convenidos en la llamada Confesión de Ausburgo. Pero no son sólo los luteranos; son los mismos impíos por medio de uno de sus corifeos que más estragos ha hecho con sus errores en la sociedad, los que abonan también la necesidad de la confesión; es Rousseau, que en su Carta á M. de... *Motier- Travers*, el 11 de Noviembre de 1764, dice: «Yo comenzaría, pues, por elegir para confesor mío á un buen sacerdote, un hombre sabio y sensato, tal como por todas partes se encuentran cuando se los busca, y le diría: «Yo busco lo que es verdadero y bueno, lo busco vivamente; siento que la docilidad que exige la Iglesia es un estado *envidiable* para estar en paz consigo mismo; amo este estado y en él quiero vivir. Mi espíritu se resiste, es cierto; pero mi corazón le impone silencio, y mis sentimientos están abiertamente contra mis raciocinios...» Y en otra ocasión decía: «¡Cuántas obras de misericordia y cuántas restituciones excita á hacer á los católicos la confesión!»

Es además la confesión un semillero de beneficios en favor de la sociedad; porque si todos los hombres tuviesen sanas sus conciencias, si las familias fuesen morigeradas y observantes de la ley de Dios y demás leyes humanas que sean justas, la sociedad sería necesariamente feliz, compuesta de familias é individuos regenerados; y bien se podría decir entonces con el Real Profeta que en ella «encontráronse la misericordia y la verdad, y la paz con la justicia,» como cariñosas hermanas que separadas por algún tiempo, abrázanse al fin en santo amor. La confesión predica toda clase de virtudes, prohíbe todo género de

desórdenes, y es medicina eficazísima para todo linaje de dolencias. El autor de la Historia filosófica y política de la India, dice que la práctica de la confesión en aquellas felicísimas Reducciones, establecidas y gobernadas por los Padres de la Compañía de Jesús en el Paraguay, era la mejor salvaguardia para la pureza de las costumbres. Resultados tan maravillosos tuvieron bastante eficacia para arrancar al impío Voltaire, uno de los más encarnizados enemigos de Nuestro Señor Jesucristo, esta preciosa confesión: «No ha habido institución más sabia que la confesión. Si hay alguna cosa que consuele á los hombres sobre la tierra, es el poder reconciliarse consigo mismos. La confesión es una institución *divina*, que no ha tenido principio más que en la misericordia infinita de su Autor; y los enemigos de la Iglesia romana que se han levantado contra esta institución tan saludable, parecen haber arrancado á los hombres *el freno más eficaz* que se puede oponer á sus crímenes.» Hablando de este dogma, decía también Leibnitz: «No se puede negar que toda esta institución es obra de la sabiduría de Dios, y seguramente nada hay más digno de elogiar en el Cristianismo. Yo considero un confesor piadoso, grave y prudente como un *gran instrumento de Dios para la salvación de las almas*: si apenas se puede encontrar sobre la tierra un amigo fiel, ¿cuán grato no será hallar uno que por la religión de un juramento divino esté obligado á guardar el secreto y á socorrer á las almas? La confesión hace recobrar la paz, el honor, la luz y la libertad moral.» Cuando se derrama el bálsamo de celestiales consuelos sobre las almas ulceradas por el pecado, las aficciones y los desengaños del mundo, siéntese trasportado el penitente á una región feliz, antes tal vez no conocida, de tranquilidad suavísima, de esplendorosa luz y amor ferviente á Dios Nuestro Señor; y no es raro presenciar que en algunos dolientes, después de haber sentido esta trasformación en el alma, las enfermedades desaparecen ó notablemente disminuyen. Los doctores de Ginebra, Badel y Tissot, aunque protestantes, comprueban este providencial fenómeno refiriendo varios casos de esta naturaleza, cuya autenticidad está sobradamente garantida; algunos tan extraordinarios, que arrancaron á Tissot, en fuerza de su vivo asombro, esta exclamación tan honrosa para la verdad de que hablamos: «*¡Qué grande es el poder de la confesión católica!*»

El siguiente punto se leerá el domingo cuarto de Cuaresma.

IV

Dícenos el evangelista San Juan que, habiendo pasado Jesús al otro lado del mar de Galilea, seguía una multitud de gentes atraídas por las milagrosas curaciones que hacía en favor de tantos enfermos. Viendo que los que le rodeaban eran tantos, aunque Él sabía muy bien lo que había de hacer, dijo á Felipe: «Con qué podremos comprar bastante pan, para dar de comer á todos estos?»—«Doscientos denarios de pan, contestó el Apóstol, no serían bastantes para dar un poco á cada uno.» Acercóse entonces San Andrés, y dijo: «Aquí hay un muchacho que tiene cinco panes de cebada y dos peces; pero esto ¿qué es para tanta gente?» Mandó el divino Jesús que hiciesen sentarse toda aquella multitud, entre la cual había cerca de cinco mil hombres; tomó los panes, y habiendo dado gracias á su Eterno Padre, los distribuyó, lo mismo que los peces, á toda aquella gente, dando á cada uno todo cuanto quiso; y después que todos quedaron satisfechos, mandó á sus discípulos que recogiesen los fragmentos que habían sobrado, con los cuales se llenaron doce canastas. Al presenciar este milagro, decían las turbas: «Este verdaderamente es el Profeta que ha de venir al mundo;» y Jesús, conociendo que trataban de hacerle rey, huyó al monte. Grandes enseñanzas encierra este maravilloso pasaje del Evangelio; pero en él consideraremos hoy, amadísimos hijos Nuestros, la divina excelencia del Santísimo Sacramento del altar, que distribuido por los sacerdotes en la sagrada comunión, nunca se menoscaba; y aunque una de las sagradas partículas se divide en muchas partes, tanto contiene cada una de estas partes como contenía la partícula entera, porque en toda y en cada una de sus partes está «todo entero Jesucristo Nuestro Señor con toda su Humanidad sacratísima y su adorable Divinidad; y cada una de las sagradas formas y cada pequeñísima parte de ella da á cada uno de los que comulgan la gracia que pide su necesidad y sus disposiciones.

La Sagrada Eucaristía es el más brillante testimonio de la sabiduría y del amor de Dios, y de ella quiso hacer nuestro amabilísimo Salvador como un compendio de todos los misterios de su vida; «de manera, dice San Agustín, que si según los designios de esta Sabiduría eterna, fué preciso que la Divinidad se uniese á la Humanidad en la persona de Jesucristo, para que fuese mediador entre Dios y los hombres, preciso es también que esta sacratísima Humanidad se nos úna para que podamos ir á Dios por medio de este omnipotente Mediador. Y así es

que por una providencia toda divina de que sólo Él es capaz, después de haber fundado su Iglesia con el sacrificio de su santísima vida en la Cruz para reconciliarla con Dios, la anima y la santifica todos los días con el Sacramento de la Sagrada Eucaristía, para hacerla digna de Dios.» Invitaba con empeño la infernal serpiente á la primera mujer á que comiese de la fruta del árbol prohibido de la ciencia del bien y del mal, asegurándola que serían como dioses; y esta malévola invitación nos perdió, mientras que nuestro divino Jesús, mandándonos con positivo precepto que comamos su divino Cuerpo en la Sagrada Eucaristía, nos hace en cierto modo dioses por participación, incorporándonos á Él, como decía el Apóstol San Pablo: «Vivo yo; mas no yo, sino que Cristo es el que vive en mí.» Y es muy del agrado de nuestro amabilísimo Jesús que le recibamos en el santísimo Sacramento de la Eucaristía, porque en esto le damos prueba de un amor puro y desinteresado. Que nos acercásemos á Él rendidos cortesanos, cuando apareciese como en el Sinaí despidiendo vivísimos fulgores y ostentando avasalladora grandeza y majestad adorable en medio de truenos y relámpagos; ó cuando sereno y magnífico dominando los elementos, iba elevándose al cielo desde el Olivete entre las adoraciones y cantares entusiastas de los coros angélicos; ó cuando cariñoso y tiernísimo se nos apareciese radiante de celestial hermosura y mostrándonos como á la Beata Margarita María Alacoque su divino Corazón abrasado de amor á los hombres; nada tendría de meritorio, pues en presencia de tan arrebatadores encantos, ¿qué corazón pudiera permanecer indiferente? Pero aquí, en el augustísimo Sacramento del Altar toda su majestad desaparece, eclípsase por completo toda su grandeza, y hasta se oculta su Humanidad sacratísima; pues en la adorable Eucaristía no sólo confesamos que existe lo que no vemos, sino la existencia de una cosa contraria á lo que vemos, porque lo que vemos parece pan, y por la fe nos vemos precisados á confesar que no es pan, sino la Humanidad sacratísima de Jesús velada por los accidentes de pan. San Agustín y Santo Tomás, recordando lo grato que es al Salvador que le recibamos en la Sagrada Eucaristía, dicen que á la comunión están vinculadas gracias de primer orden, tales como las de predilección; y que esto indicaba Nuestro Señor Jesucristo al decir de los que dignamente comulgan: «Vivirá eternamente.»—«Lo resucitaré en el último día.»—«No morirá eternamente.»

Recibir en nuestro pecho el Cuerpo preciosísimo de Jesús por medio de la sagrada comunión, es la mayor felicidad que puede apetecer el hombre, la obra más grande y la más noble empresa que puede lle-

var á cabo; porque entre todos los dones del cielo no hay ninguno comparable á este Pan de eterna y felicísima vida, cuando se trata de superar los numerosos obstáculos con que tropezamos en el camino de nuestra salvación. En los demás sacramentos la gracia se nos da con medida; pero en éste distribúyense tesoros de celestiales dones á manos llenas, y derrámanse sobre nosotros torrentes de unción y de luz, que dulcísimamente anegan el alma, y penetran todas sus potencias. Si hubiese una nación privilegiada, en la cual existiese sólo un sacerdote que una vez al año consagrara el Cuerpo sacratísimo de Jesús, ¿no es verdad que de todas las regiones, aun las más lejanas, acudirían multitud de fieles en devota peregrinación á contemplar todos los años esta inestimable maravilla de amor, y todos se tendrían por felices si allí pudieran comulgar en aquel día? Pues ¿por qué ha de ser tenido el divino Jesús en menor estima, por qué ha de excitar en nosotros menores sentimientos de admiración y gratitud por lo mismo que dilata más en favor de los hombres los senos de su amantísimo Corazón? Es, además, la sagrada Eucaristía el más honorífico distintivo de que puede gloriarse el católico; pues nada hay que como este augusto Sacramento tenga tan íntima conexión con la fe de la Iglesia; porque ningún otro dogma muestra de una manera tan expresiva la unión que Dios quiere tener con los hombres, como la dichosa participación de este admirable Misterio. «*Un solo cuerpo formamos muchos,* decía el Apóstol San Pablo á los Corintios, *todos los que participamos de un mismo pan.*» Y es tanto más grata al divino Jesús, cuanto que no hay recuerdo que más le complazca, que la memoria gloriosísima de su muerte: por ella satisfizo superabundantemente á la Justicia divina por los pecados de los hombres; y venciendo para siempre al infierno, al pecado y á la muerte, nos reconcilió con su Eterno Padre; triunfo tan completo y beneficio tan inestimable, que si, á semejanza de los coros angélicos, debemos reconocerle y cantarle tres veces como á «*Santo,*» millones de veces deberíamos entonar en su honor himnos de alabanza recordando que murió para darnos vida.

Pues esto hacemos de algún modo cuando comulgamos; porque hay una tiernísima é íntima relación entre la Sagrada Eucaristía y la muerte de Jesucristo, puesto que la Víctima del sacramento del Altar es la misma divina Víctima sacrificada en el Calvario, por más que la situación sea diferente; mortal y pasible sobre la Cruz, é impasible y glorioso en el altar.

Al instituir el amabilísimo Salvador este admirable Sacramento, después de haber dicho que su divina carne era alimento y su sangre

bebida, nos invita á participar de ellas en tono de mandato, con estas palabras: «*tomad y comed,*» y anticipándose á desvanecer todas las dificultades que pudiera oponerle nuestra delicadeza, anonádase hasta el punto de reducirse, por decirlo así, al tamaño de una pequeña partícula, para ser de esta manera nuestro diario alimento, Él, que para vestirse de nuestra humana naturaleza se abatió hasta hacerse niño; y esto en todas las partes de la tierra, millares de veces al día, gustando de estar encerrado en modestísimo sagrario, dispuesto á recibir á todas horas las visitas, adoraciones y súplicas de los fieles, sus amados hijos. Gózase el Señor en que le recibamos *con frecuencia* en nuestros corazones, y éste ha sido siempre el espíritu y el deseo de la Iglesia. Antiguamente los fieles comulgaban todos los días, y á los que por algún concepto se encontraban impedidos de ir á la Iglesia, se les enviaba la sagrada Eucaristía por conducto de algún diácono. Después, desvanecido en parte el primitivo fervor, acercábanse á la sagrada Mesa los domingos, y así estaba mandado en los decretos sinodales de algunas diócesis, bien persuadidos aquellos celosos Prelados de que la sagrada Comunión siquiera una vez á la semana era un medio muy necesario para conservar la apreciable unión que entre Jesucristo y nuestras almas debe constantemente existir, *quia aliter,* decían ellos, *salvi esse non possunt;* «porque de otra manera difícilmente evitarán el pecado.» En aquella época feliz, en que comunmente se observaba esta laudabilísima costumbre, era una triste singularidad abstenerse de la sagrada Comunión; y esto explica las sentidas quejas de San Jerónimo contra algunos infelices que en un tiempo salían de la Iglesia sin haber participado del santísimo Sacramento del altar. Una de las más temibles penitencias en la antigua disciplina de la Iglesia era la de ser por algún tiempo privados de la sagrada Eucaristía, como atestigua aquel santo doctor; y al recordar esto, amadísimos hermanos é hijos Nuestros, razón hay para que con amarga tristeza nos lamentemos de la frialdad que en general se observa en nuestros tiempos respecto á una costumbre tan santa. En vano continúa abierta para muchos esta abundantísima fuente de gracias; inútiles les son estas aguas purísimas y saludables, que hace ya tantos siglos, desde el principio de la Iglesia, corren en la ciudad de Dios para la perfección y salud eterna de las almas fieles: los que de ellas se abstienen olvidan por desgracia el gravísimo peligro que corren, según las palabras del divino Salvador, todos cuantos se alejan de la sagrada Eucaristía; «*si no comiereis la carne del Hijo del hombre, y bebiereis su sangre, no habrá vida en vosotros.*» En la ley antigua como en la nueva, decía el após-

tol San Pablo, todo el que ofrece un sacrificio come de la carne de la víctima que presenta, y esto es considerado como condición necesaria para participar plenamente del fruto del sacrificio; por eso preguntaba sorprendido Moisés al hijo de Aarón, como dice el sagrado libro del Levítico: «¿Por qué no habeis comido de la víctima?» Y á que los fieles participen del santo Sacrificio de la Misa en la sagrada comunión, como lo hacían los cristianos de los primeros siglos, exhorta y ruega á todos con afecto paternal y «por las entrañas de misericordia de nuestro Dios» el santo Concilio de Trento, excitándolos á que coman con frecuencia este Pan «supersustancial» comulgando en la santa Misa. Tan piadosa y saludable costumbre atraería sin duda sobre los fieles millares de gracias; por el contrario, el alejamiento de este altísimo misterio priva á tantos de las gracias necesarias para ser virtuosos, y de ello se quejaba ya en su tiempo el apóstol San Pablo, diciendo: «Por esto hay muchos que son enfermos é inconstantes.» Los santos Padres han recordado en todos los tiempos esta verdad: «El alma que recibe con frecuencia á Jesucristo, decía San Ambrosio, no puede morir.» San Juan Crisóstomo reconocía que «el santísimo Sacramento del altar tiene gran virtud para sostenernos en medio de los mayores peligros y en la pendiente de los precipicios más espantosos.»— «Cuando urge la tentación, decía San Bernardo, la Sagrada Eucaristía impide consentir.» Y el Concilio Tridentino enseña que por ella, ó no se cae en el pecado que hace perder la gracia, ó, si se cae, siempre será con mucha dificultad. Y de estos santos Doctores, unos aseguran que la Eucaristía es como sal vivificante que salva para siempre de la corrupción el cuerpo y el alma; otros dicen que alimentarse de ella es connaturalizarse con la vida; que si por haber comido el profeta Elías aquel simbólico pan cocido bajo la ceniza, pudo llegar hasta las alturas del monte santo y ser elevado por los aires en carro de fuego; con mayor razón el que coma de este divino alimento llegará á las moradas eternas. Así como nadie puede blasonar de ser fuerte en lo exterior sin alimentarse interiormente, según conviene á su necesidad y complexión; así tampoco nadie puede vivir de la gracia poderosa de Jesucristo, sin que se alimente de su divino Cuerpo en la Sagrada Eucaristía. Hoy, como en aquel gran día de fiesta de que nos habla el Evangelista San Juan, clama nuestro amorosísimo Jesús: «*Si alguno hay que tenga sed, venga á Mí.*» Vayamos, pues, amadísimos hermanos é hijos Nuestros, vayamos á Él los que sentimos sed de tranquilidad y perfección; vayamos á Jesús en el santísimo Sacramento del altar, que es fuente de vida. «Yo percibo diariamente en concierto gratísimo, dice San Ci-

priano, que la multitud de los fieles canta con nosotros dirigiéndose al Padre celestial: «El pan nuestro de cada día dánosle hoy.» Su oración es oída, y el divino pan, que piden, baja del cielo; entonces nosotros, dispensadores y ecónomos del Eterno Padre, nos apresuramos á servir en la mesa del celestial festín; y después de alimentarnos á nosotros mismos, nos ofrecemos á hacer á los demás participantes de este divino manjar. Pero ¡qué! algunos se retiran y ceden el lugar á otros. ¡Qué triste sorpresa! Pobre orgulloso, ó no pidas, ó acepta el divino pan que se te da.»

Preciso es, por lo tanto, para sostenernos en la práctica de nuestros deberes, fortalecer el alma contra los asaltos del enemigo, y excitarnos á conseguir tras repetidos combates y victorias grandes incrementos en la virtud. Esto sentían los mártires cuando ante aquel imponente aparato de raros y espantosos instrumentos de muerte, persistían con loable generosidad en confesar la fe de Jesucristo sin temer los tormentos más horribles: el secreto de tan admirable fortaleza lo revela San Cipriano con estas palabras: «A aquellos á quienes excitamos al combate, los fortificamos antes con la protección del Cuerpo y de la Sangre de Cristo.» Peligros espirituales, más temibles aún, nos ofrece diariamente el mundo en tantos escándalos, ocasiones, espectáculos, seducciones y asechanzas que por donde quiera se presentan: en ellos facilísimo es perder la gracia, si no acudimos á la Sagrada Eucaristía armándonos de los dones, consuelos y fortalezas de Jesucristo Nuestro Señor. Con sólo tocar la orla de su sagrada vestidura sanó de repente de su incurable enfermedad la feliz Hemorroisa; pues ¡cuánta más eficacia no tendrá para curar las dolencias de nuestra alma el Cuerpo divino de Jesús, si le recibimos en nuestros corazones! No nos desaliente la consideración de nuestra indignidad; pues cuanto más nos alejésemos de la Sagrada Eucaristía, nos haríamos más indignos; y como tan sabiamente dicen San Ambrosio y San Juan Crisóstomo: «el que no merece recibirla cada día, tampoco merece recibirla una vez al año.»

El siguiente punto se leerá el domingo quinto de Cuaresma.

V

Quejábase nuestro amabilísimo Salvador de la inaudita dureza de los judíos, que no obstante los estupendos milagros que á cada paso

le veían obrar, no creían sus divinas enseñanzas; y les decía: «¿Quién de vosotros me convencerá de pecado? Si os digo la verdad ¿por qué no me creéis? El que es de Dios oye sus palabras; por eso vosotros no las oís, porque no sois de Dios.» Dijéronle entonces aquellos desventurados: «¿No decimos bien nosotros que tú eres samaritano, y estás poseído del demonio?» — «Yo no estoy poseído del demonio, contestó Jesús, sino que doy el honor debido á mi Padre, y vosotros me habeis deshonrado á mí; mas yo no busco mi gloria. Hay quien la busque y haga justicia. En verdad, en verdad, os digo: Si alguno guarda mis enseñanzas, no verá jamás la muerte.» Replicáronle los rebeldes judíos que Abraham y los profetas habían sido más grandes que Él, y habían muerto; y al oír que el divino Jesús decía que Él existía ya antes de que viniese al mundo Abraham, cogieron piedras para tirárselas, y entonces el Salvador, haciéndose invisible, salió del templo.

Gravísimo sobre toda ponderación era este ultraje, que aquellos hombres voluntariamente ciegos se atrevieron á inferir al divino Redentor, que con incansable solicitud se esforzaba en enseñarles el camino del cielo; pero tristísima significación tuvo también para ellos y para los incrédulos de todos los siglos, el abandono en que los dejó el Señor. Tan poderosa es la palabra de Dios, que se hace oír de todas las criaturas; y aun algunas de las insensibles, como los peñascos, hendiéronse presurosas en el Calvario al resonar la última palabra del Hombre-Dios, que moría sobre la cruz, y al eco de su celeste voz resucitaron también entonces los muertos; porque la divina palabra, dice el Real Profeta, es «voz del Señor, que resuena como rompiendo densas nubes,» y amenazando con un nuevo diluvio á la tierra; «el Dios de la majestad tronó; el Señor sobre muchas aguas.» Y palabra de tan espantable poder ¿cómo se concibe que sea despreciada por el hombre? Y lo es, sin embargo, como nos lo dice el triste pasaje del Evangelio que hemos mencionado, y tantos otros de que por desgracia venimos siendo testigos: la verdad tiene muchos adversarios, y bien claro nos lo asegura el Evangelista San Juan, cuando al hablar de los hechos del divino Jesús, dice: «A pesar de que tantos milagros hacía delante de ellos, no le creían.» Y esta rebelión, amadísimos hermanos é hijos Nuestros, esta impía actitud no puede menos de ser altamente culpable, porque apenas hay ignorancia que la disculpe. Dios ha dado á cada uno de nosotros un espejo limpio y fidelísimo, en que podemos ver perfectamente reflejadas las manchas de nuestra alma: tal es la conciencia, que por más que intentemos engañarla, siempre nos representa nuestro pecado tal cual es; pues Dios la ha puesto dentro de nosotros como

censor justo y severo, que no puede disimular nunca la más pequeña irregularidad. Sin que pudiese ahogarla, sentía su voz el fratricida Cain, como el Señor se lo recordaba: «¿Por ventura, si obrares bien, no recibirás la recompensa en el gozo de tu corazón? Pero si hicieres algún mal, llevarás contigo la pena de tu pecado en el remordimiento de tu alma.» No era más que una mano que trazaba en la pared caracteres ininteligibles, la que vió el rey Baltasar cuando entre horribles sacrilegios y abominables destemplanzas presidía alegre un escandaloso festín, al que asistían muchos de sus cortesanos: de pronto anúdasele la lengua en la garganta, palidece como un muerto, y tiembla con pavorosa y extraña agitación. ¿Qué le pasa? ¿Estremécese ante aquellas letras, que no entiende? Pero por lo mismo que no las entiende, no hay motivo para temer; pudieran ser muy bien misteriosas frases de bendición. ¿Por qué se conmueve Baltasar? Porque le acusa su conciencia, y el trágico fin que tuvo aquella misma noche, justo castigo de su mala vida, probó muy bien que tenía hartos motivos para temblar. No dejan de sentir en su alma los incrédulos y los impíos que la conciencia es constantemente su censor implacable; y esta claridad con que ven su temeraria rebelión contra Dios, los hace menos disculpables ante su divino tribunal: «Mandaste, Señor, dice San Agustín, que el hombre criminal encuentre su castigo en su propio pecado; y cualquiera que sea su industria, Vuestra voluntad será siempre cumplida.» Y cuando á despecho de los gritos de su conciencia, el incrédulo continúa endurecido en sus extraviadas ideas ó doctrinas escandalosas, y en su mala vida, llega por desgracia para él, como para los judíos de que nos habla el santo Evangelio, el castigo formidable de la obstinación.

A este estado tristísimo se llega muchas veces por una serie de culpables descuidos. No se quiere entrar en cuentas con la conciencia acerca del estado del alma, y de las relaciones en que ésta se halla con Dios; y de ahí los males gravísimos de que ya en su tiempo se quejaba el profeta Isaías: «la tierra está llena de iniquidades, porque no hay quien medite.» Prometiéndose algunos larga vida, dedícanse con afán á satisfacer todos los gustos del sentido; y de pronto viene á sorprenderlos la muerte entre amarguísimas angustias, porque cometieron el trascendental error de menospreciar aquel saludable aviso del divino Jesús: «en la hora que no pensais vendrá el Hijo del hombre.» Y cuando esta advertencia aparece tan clara, y cuando de varias maneras la repite, llegando á decirnos que vendrá como el ladrón, que se acerca precisamente á la hora en que no se le espera, ¿por qué no hemos de

vivir siempre prevenidos? ¿Cómo concebir que hombres, por otra parte, tan hábiles para las cosas del mundo, vivan de ordinario en peligrosa inacción sin temer la repentina llegada del divino Juez, que vendrá á tomarles rigurosa cuenta de todas sus obras? Así fueron tristemente sorprendidos los pecadores del tiempo del diluvio en los momentos en que estaban muy lejos de temer que nadie viniese á turbar las alegrías de sus criminales goces; así las desgraciadas víctimas del fuego que consumió á Sodoma, los cuales, lejos de pensar en el triste estado de su alma, arrojábanse á nuevos atentados en los instantes mismos en que los enviados del cielo alejaban de aquellas ciudades nefandas á Lot y á su familia, para que la rectísima justicia de Dios descargase ruidosa y espantable sobre los endurecidos pecadores. Y este culpable descuido, esta funestísima dureza de corazón aparece mucho más deforme é indisciplinable, si consideramos con qué amorosa ternura se queja de su alejamiento Dios Nuestro Señor, y con qué paciente solicitud los busca: «¿Hay algo, dice Él por el Profeta, hay algo que haya podido hacer en favor de mi amada viña, y no haya hecho? Y poco antes de subir al Calvario para regarla desde allí con su Sangre preciosísima, al ver desde el monte Olivete la ciudad de Jerusalén, vierte por ella amargo llanto; llora, no porque las legiones romanas, avezadas á recorrer en triunfo todo el mundo conocido, vendrán á sitiara y á reducirla á polvo, trocando en cenizas su magnífico templo; sino porque sus habitantes «no conocían siquiera en aquellos días, que se les habían dado para convertirse, lo que podía atraerles la paz.» Y constante en su afanoso empeño de ablandar los corazones endurecidos excitándolos á convertirse á Dios, repetía con frecuencia, y nos repite hoy por medio de santas inspiraciones, esta preciosa máxima: «¿De qué aprovecha al hombre ganar todo el mundo, si pierde su alma?» Y por encargo suyo dirigía á los fieles el Apóstol, y siguen dirigiéndoles hoy sus celosos pastores, este saludable aviso: «Este, en que estamos, es el tiempo aceptable; éste es el tiempo de salvación.» A pesar de tan repetidos llamamientos, muchos son por desgracia los que, abusando de los espirituales auxilios que el Señor les concede, van de día en día aplazando el tiempo de la penitencia, como decía el profeta Isaías: «Nadie hay que haga penitencia de sus pecados, ni se avergüence de cometerlos.»

Pero si triste es esta deplorable dureza, que poco á poco van produciendo en el alma las inmortificadas pasiones que inquietan y dominan el corazón; más funestas son todavía las inmoderadas tendencias de algunos espíritus orgullosos y rebeldes, que pretenden sustraerse á la autoridad del mismo Dios, menospreciando sus altísimas enseñanzas;

de algún modo semejantes á aquellos obstinados judíos, que odiando á Nuestro Señor Jesucristo á causa de sus mismas virtudes, ni creían en su divina palabra, ni daban importancia á sus milagros, y aun se atrevían á ofenderle con gravísimas calumnias. En vano les decía en són de amorosa queja el divino Jesús: «Si os digo la verdad ¿por qué no me creéis?» aquellos infelices permanecían obstinados, porque, según la acertada expresión del Sabio, «habíalos cegado su propia malicia.» Su voluntad desordenada inclinábalos á un partido contrario á la verdad, y habían venido á caer en aquella triste situación, que recordaba el amorosísimo Redentor: «¿Cómo podéis creer vosotros, que mutuamente estais recibiendo unos de otros la gloria?» Lo que la pasión de la envidia hizo un tiempo con Saúl, y con el sabio Salomón la de la sensualidad, lo hace el pueril deseo de singularizarse con aquellos espíritus tenaces ó vanidosos, que, como escribía San Pablo á los Romanos, «detienen injustamente cautiva á la verdad.» ¡Triste situación la de estos desventurados, que se lanzan á ofender directamente al Espíritu Santo combatiendo la fuente y el principio de la gracia, abusando de los Sacramentos ó retrayendo de ellos á los fieles, valiéndose para ello del ridículo, de la autoridad, de la calumnia ó del prestigio de la pluma, y empleando en hacer la guerra al mismo Dios los dones que de Él han recibido! «Hay pecados, que son de muerte, decía en su primera carta, cap. V, el evangelista San Juan; yo á nadie digo que ruegue por aquellos que los cometen,» porque no estoy seguro de que alcancen de ellos perdón. ¡Tan graves son estos pecados contra la fe, que hoy, por desgracia, se cometen con tanta frecuencia! Y de llorar es también sobremana la desdicha de tantos infelices, que habiendo empleado gran parte de su vida en satisfacer todo género de criminales pasiones, fáltales á la hora de morir la suficiente energía para detestarlas, como dice el sagrado libro de los Proverbios: «Sus propias maldades prenden al impío, y es oprimido con las ataduras de sus pecados. Él mismo morirá, porque no abrazó la amonestación, y se hallará engañado por su culpable locura.» Por eso no es de maravillar que, habiendo tantas veces menospreciado los sermones, lecturas, advertencias é inspiraciones de Dios Nuestro Señor, se encuentren sin Él á la hora en que más le necesitan, como dice el Espíritu Santo: «Por cuanto os llamé, y dijisteis que no... por eso morireis en vuestro pecado.»

Quando el Señor se apiadó de los sufrimientos del pueblo de Israel y escuchó benigno sus gemidos y sus ruegos, encargó á Moisés que fuese á librarlo de su penoso cautiverio. Reconocido por los israelitas como su caudillo, preséntase Moisés á Faraón intimándole la orden de

Dios para que deje salir de Egipto á los hebreos. «¿Y quién es ese Señor, contesta altanero Faraón, para que yo oiga su voz y me someta á sus órdenes? No le conozco.» En vano insiste el enviado de Dios confirmando la verdad de su misión con aquellas nueve plagas tan espantosas que afligen á todos los egipcios, sin causar la menor molestia á los hebreos; sólo al acontecer la muerte de todos los primogénitos parece conmoverse aquel impío monarca, y deja salir de su reino á los hebreos; pero poco después se arrepiente de haber obedecido á las órdenes de Dios, y al intentar reducir de nuevo á la esclavitud á los israelitas, encuentra con todo su ejército inesperada sepultura en el Mar Rojo. Pero ¿cómo se concibe error tan grave en Faraón? El sagrado libro del Éxodo lo explica: «Endureció el Señor el corazón de Faraón,» permitiendo tan funesta obcecación en castigo de su infidelidad y rebeldía. Execrable memoria dejó de sí para siempre Judas Iscariote, que después de haber sido elegido entre los mejores para la elevada dignidad de Apóstol, comenzó á flaquear en la fe, pervertido ya el corazón; después de haber oído durante tres años las divinas enseñanzas de Jesús, siendo en todo ese tiempo testigo dichosísimo de tantas y tan estupendas maravillas, ¿qué más se necesitaba para encadenarle con estrechos y suavísimos lazos de amor á su divino Maestro? Y sin embargo, nublada por la pasión su inteligencia, rebelóse contra las enseñanzas de su adorable Redentor, y trocado en odio el amor que en otro tiempo le profesara, decidió venderle y entregarle á sus mortales enemigos. Y á pesar de esto, el amabilísimo Jesús busca todavía para que se convierta al miserable traidor, y le llama para ablandar su endurecido pecho con el dulce nombre de amigo; pues ¿qué más había de hacer por Judas y por tantos otros, á quienes mil veces llama con avisos, tribulaciones, gracias, enfermedades, amenazas é inspiraciones de todo género? ¡Ah! Por desgracia, cuando la obstinación cubre de tinieblas el espíritu y pesa como losa de bronce sobre los corazones, preciso es, amadísimos hermanos é hijos Nuestros, que suceda lo que dice el Señor por el Profeta: «Hemos querido curar á Babilonia, y ella no ha querido sanar; abandonémosla, pues.»

No priva á estos infelices obstinados de toda especie de socorros, dejándolos imposibilitados para convertirse; sino que les niega cierta protección particular y poderosa que asegura la salvación de los fieles, limitándose á concederles gracias comunes y puramente suficientes con las cuales pudieran salvarse, pero es muy difícil que se salven. Porque algunos hay, que firmes en sus preocupaciones, en su error ó en su afición al pecado, con voluntad determinada se resisten á con-

vertirse cuando están para morir; y otros por omisión voluntaria no hacen penitencia de sus pecados. ¿Qué extraño es que por efecto de tanta negligencia y de tantos pecados después de multiplicados escándalos que han causado la pérdida de tantas almas, se cumpla en ellos aquella terrible amenaza del divino Jesús: «Me buscareis, y no me encontrareis,» ó por falta de sacerdote que les administre los últimos sacramentos, ó porque, permitiéndolo así el Señor, llega tarde, ó por falta de voluntad ó de disposición para convertirse?

Mucho debemos confiar, amadísimos hijos Nuestros, en la misericordia del Corazón sacratísimo de Jesús, que tantas pruebas nos da de que ardientemente desea nuestra salvación; pero preciso es que trabajemos en ésta, como dice el Apóstol, *con temor y temblor*, avivando nuestra fe en todas las enseñanzas de la Iglesia, y dando de ella expresivo testimonio en todas cuantas ocasiones se ofrecieren á mayor honra y gloria de Dios; *restaurando*, en cuanto esté de nuestra parte, *la vida cristiana en la familia* y en la sociedad, y huyendo con mucha diligencia del pecado, de conversaciones, lecturas, compañías y espectáculos peligrosos, y de todo aquello que pudiera manchar nuestra alma, ó debilitar nuestra fe. Este será eficazísimo medio para que, viviendo en medio del mundo, no nos contaminemos con sus perniciosas máximas, y conservemos limpio el corazón, en el cual constantemente reine Dios Nuestro Señor. Esto os deseamos con toda el alma, bendiciéndoos afectuosamente en el nombre del Padre, † y del Hijo † y del Espíritu † Santo.

Esta Carta Pastoral se leerá *inter missarum solemnium* en todas las Iglesias de este Arzobispado en los domingos de la próxima Cuaresma, distribuyéndose su lectura según se indica en el cuerpo de la misma Carta.

Se leerá también en las Escuelas y Colegios católicos en los días que elijan sus respectivos directores ó directoras, quienes ocurrirán por un ejemplar de ella á la Parroquia á que pertenecieren.

Los fieles que no pudieren oír en el templo la lectura de esta instrucción pastoral, procurarán hacerla en su propio domicilio con la sana y recta intención de adelantar más y más en el camino de la perfección cristiana.

Recomendamos asimismo á todos los fieles el que en los días Jueves y Viernes Santo y Domingo de Pascua, den alguna limosna para los Santos Lugares de Jerusalén, á cuyo fin los encargados de los templos

pondrán una mesa con un letrero grande que exprese ese objeto, y un colector de su confianza para recibir los donativos, que en la semana siguiente entregarán en Nuestra Secretaría.

Dada en México, firmada por Nos, sellada con el escudo de nuestras armas, y refrendada por nuestro infrascrito Secretario, á los siete días del mes de Febrero de mil ochocientos noventa y cinco, tercer año de Nuestra consagración Episcopal.

✠ Próspero María,

Arzobispo de México.

Por mandado de Su Señoría Ilustísima,

Joaquín Arcadio Pagaza,

Secretario.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

UAN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

SECRETARÍA GENERAL DE BIBLIOTECA

003